



A LA INTEMPERIE

J. J. ARMAS MARCELO

## Cena con los chinos

**H**emos cenado con cinco escritores chinos en el Don Lay de Madrid. Me senté en una esquina de Babel, entre el ya clásico Yan Lianke y una jovencísima Zhang Yueran, que fumaba cigarrillos sin parar. De vez en cuando la miraba. Ella me devolvía de soslayo sus bellos ojos con nubes de humo. Vi lo que pensaba de mí en las volutas acariciantes que me echaba sobre la cara: «Y este abuelo, ¿qué tiene que ver con Almodóvar?». Entre Zhang Yueran y Zhou Jianing, se sentó Fernando Guerrero, el editor de Abada, que a intervalos y *slowly* habló

con las dos en el inglés de Shangai. Porque se trataba de Shangai en esa cena; porque Javier Conde y Pedro Molina se han inventado un gran proyecto para la Expo del año que viene en la ciudad de *Blade Runner*: que los cinco escritores chinos presentes escriban cada uno 40 folios sobre su experiencia viajera por España, con toros y Picasso, entre otros tópicos: *Viaje a Xibanya*.

Como pudimos, les preguntamos a la *bloguera* Zhang y a su compañera de mesa, Zhou Jianing, que han vendido más de 300.000 ejemplares

**¿QUÉ CIUDADES EUROPEAS LES HABÍAN GUSTADO? «NINGUNA», DIJERON, «LA MÁS FEA ES VIENA». ¿QUÉ ESCRITORES EN LENGUA ESPAÑOLA CONOCÍAN? «LORCA Y JOSÉ MARÍA ÁLVAREZ, ADEMÁS DE LOS QUE ESTÁN AQUÍ Y... GARCÍA MÁRQUEZ, Y... VARGAS LLOSA, YYY...»**

de cada una de sus novelas, qué ciudades europeas les habían gustado. «Ninguna», dijeron, «la más fea es Viena.» Mientras degustábamos las delicias de la cocina china, a Chen Zhongyi, que habla un español como el de ustedes y mejor que el mío, se le ocurrió preguntar qué escritores chinos contemporáneos conocíamos nosotros. Hubo, al principio, un silencio raro. «Mao Yan, Li Er, Mian Mian y Annie Wang», dijo después Paula Izquierdo. «Yan Lianke», señaló un integrado Jesús Ferrero. «Emily Hahn», añadió Rodríguez Lafuente. «Y tú, Armas, ¿cómo estás en esto de los chinos?», me tocó socarrón Jesús Ferrero. «Con los que tengas, tres», le contesté de corrido. Taciana Fisac y Chen Zhongyi se reían a carcajadas. Cuando les hicimos la pregunta inversa a los chinos, Zhongyi respondió por todos: «Lorca y José María Álvarez, además de los que están aquí y... García Márquez, y... Vargas Llosa, yyy...». Se rió y eso fue todo.

Molina Temboury, que ejerció de anfitrión en estas horas, habló de Shangai, mientras las dos escritoras chinas comían no con palillos, sino con los cubiertos occidentales. «Deferencia», decidió Guerrero. «Esnobismo», canté casi sin querer. Para ese entonces, en la deliciosa ternera con pimientos en salsa de ostras, ya sabía que el prudente Yan Lianke era uno de los escritores chinos más leídos; que había sido, además, «escritor-coronel del Ejército», cargo -entendí- del que lo habían bajado cuando se publicó en Pekín *Servir al pueblo* (traducción española en Maeva). «Creyeron que todo era sexo y política», me dijo en la voz de Taciana Fisac.

Le pregunté levemente por la censura y hubo silencio. O despiste. O no me entendió. Le pregunté por el poeta Bei Ling. Otro silencio. Les preguntamos por la hipotética caída del comunismo en China. ¿Qué vendrá después, el nacionalismo? Lao Ma, vicerrector de la Universidad del Pueblo de China, nos miró a todos con una pizca de tristeza y luego, sin hablar, hizo un repetido ademán afirmativo con la cabeza.

Los españoles que estábamos allí habíamos sentido mucho antes de esa cena la llamada de China, bien porque alguno vivió en Pekín varios años como profesor (Rodríguez Lafuente), bien porque algunos de nuestros libros están traducidos al chino o en vías de traducción. Al final, «españolizamos» la conversación, mientras los chinos «achinaban» mucho más la suya. Se cruzaban por encima de la mesa las frases en español y chino y, Babel y *Blade Runner* en un momento, nadie entendía a nadie.

Fue una fiesta y la definición de la cena: estábamos allí para conocernos sin entendernos y poco a poco cada uno de los grupos soltó su perorata. Los españoles hicimos apuestas por el Planeta. Yo mismo di dos nombre de escritoras. ¡Tremendo patinazo días más tarde! Ferrero se fue el primero. Besó a su amigo Chen Zhongyi, que parecía un castizo de Lavapiés, dijo adiós desde lejos y voló a El Escorial, uno de los lugares que más *acongojaron* a los chinos en su visita a Xibanya. En cuanto a los toros, ellos se fueron al tercero de la tarde. Ellas, las escritoras, se quedaron. «¡Por el torero!», tradujo Taciana Fisac. ■